

AUGUST STRINDBERG

Jugar con fuego / El vínculo



DOS JOYAS CON FONDO
AUTOBIOGRÁFICO



Jugar con fuego / El vínculo

escena
rios

August Strindberg

Jugar con fuego /
El vínculo

Traducción de Jesús Pardo



Primera edición: junio de 2024

Títulos originales: *Leka med elden* (1897) / *Bandet* (1893)

© de la traducción: Jesús Pardo, 1982/83, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

Jugar con fuego

BIC: DD

ISBN: 978-84-128530-2-5

Dep. Legal: M-10526-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Audiencia de tribunal*, Jean-Louis Forain (1908)

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

JUGAR CON FUEGO (LEKA MED ELDEN) se escribió al mismo tiempo que *El vínculo (Bandet)*. Strindberg buscó editor para ambas obras en 1893, pero debieron de haber sido terminadas antes de su viaje del año anterior, y se imprimieron en 1897, aunque *El vínculo* había salido ya en 1893 en alemán. Las dos obras se han representado con éxito, sobre todo *El vínculo*, que llegó a convertirse en una de las obras más apreciadas de Strindberg. *Jugar con fuego* es una obra de salón, basada en modelos vivos, la más ligera de cuantas escribió Strindberg de este tipo, pero con seriedad y un matiz de experiencia vivida. Es posible, como indica Lamm, que haya en esta obra recuerdos del turbio y confuso preámbulo de su primer matrimonio con Siri von Essen, descrito en *El alegato de un loco (En Dares fors Varstal)*. El mensaje principal en ambas obras y también

en *El primer aviso (Varningen Forsta)* viene a ser que los celos y la inquietud ante la posibilidad de perder al ser querido son estímulos imprescindibles para el amor en el matrimonio. Este tema se desarrolla mejor en *Jugar con fuego*, donde el marido consigue asfixiar el amor incipiente entre su mujer y su amigo Axel declarándose, con impasible jovialidad, dispuesto a apartarse de ella si se casa con el amigo. Axel, que alega enseguida que «hay algo podrido» en aquella casa, tiene rasgos de Strindberg mismo, y de su mismo pasado matrimonial. Cuando la joven esposa explica que ella y su marido nunca han tenido serios contratiempos, el comentario del otro es: «Entonces es que nunca ha querido usted a su marido». Para Strindberg, los celos, las riñas y la pasión frenética son ingredientes inseparables de toda vida amorosa. Este ambiente ligero, sobre un trasfondo serio, no persiste en sus otros dramas, donde la situación que sigue a la separación entre los cónyuges (*Ante la muerte, Amor de madre*) es trágica y alude, de manera directa, a la situación personal de Strindberg. En esas obras es el padre quien, abnegadamente, ama a sus hijos y se sacrifica por ellos, mientras la madre habla mal de él y procura hacer que le consideren un extraño. Las cartas de Strindberg hacen ver la angustia que sentía por la educación de sus hijos, que le parecía estar siendo descuidada, y su intensa preocupación porque su madre estaba tratando de «extirparle» a él de sus mentes.

JUGAR CON FUEGO

(COMEDIA EN UN ACTO)



PERSONAJES

El PADRE, 60 años, rentista
La MADRE, 58 años
El HIJO, 27 años, pintor
La MUJER del HIJO, 24 años
El AMIGO, 26 años
La PRIMA, una muchacha de 20 años

DECORADO

Un mirador acristalado, aderezado como cuarto de estar. Al fondo, puerta central que da al jardín; puertas a los lados. En un balneario, en nuestros días.

ESCENA PRIMERA

El HIJO, sentado, pintando.

La MUJER del HIJO, entra, en bata.

HIJO. ¿Se ha levantado ya?

MUJER. ¿Axel...? ¿Y cómo quieres que lo sepa yo?

HIJO. Yo pensaba que habías ido a ver.

MUJER. ¡Qué cosas dices! ¡Si no fuera porque sé que no eres celoso, empezaría a sospechar que tienes celos!

HIJO. Y si no fuera porque sé que nunca me serías infiel, empezaría a aguzar ya los oídos.

MUJER. ¿Y por qué precisamente ahora?

HIJO. Ya oíste lo que dije... Por lo que se refiere a nuestro amigo Axel, de sobra sabes que aprecio su compañía más que la de ninguna otra persona, ¡y si encima me encuentro con que tú compartes mi afecto por esa alma desgraciada y dolorida, pues tanto mejor!

MUJER. Es un hombre desgraciado, pero a veces parece muy extraño. Por ejemplo, ¿por qué se fue súbitamente el verano pasado, sin despedirse siquiera de nosotros ni llevarse sus cosas?

HIJO. ¡Sí, eso sí que fue curioso! Lo que pensé es que estaba enamorado de la prima Adèle.

MUJER. ¿Pensaste eso?

HIJO. ¡Sí, pero ya no lo pienso! Mamá se quedó convencida de que volvía con su mujer y su hijo.

MUJER. ¿Cómo? ¿Es que no están divorciados?

HIJO. No, todavía no, pero él espera el veredicto de un día para otro.

MUJER. ¿Y pensaste, de verdad, que estaba enamorado de Adèle? ¿Y no me lo habías dicho! Pues mira, si pudiera arreglarse eso, pienso que podría ir muy bien.

HIJO. ¡No sé qué decirte! Adèle es una atontada, una agua-festas...

MUJER. ¿Ella? ¿Cómo se ve que no la conoces bien!

HIJO. Tiene un tipo encantador; ahora, si es capaz o no de sentir pasiones... Pero prefiero pasar por alto este asunto.

MUJER. ¿Si tiene pasiones, dices?

HIJO. ¿Es que las tiene?

MUJER. No, todavía no, pero cuando empiece...

HIJO. ¿Tú crees? ¿De veras?

MUJER. ¡Da la impresión de que te interesa!

HIJO. ¡En cierto modo!

MUJER. ¿De qué modo, si se puede saber?

HIJO. Ya sabes que posó para mí, de nadadora.

MUJER. ¡Sí, y tanto que lo sé! ¿Y quién es la que no te ha servido a ti de modelo? Pero podrías tener la delicadeza de no enseñar tus esbozos a todo el mundo... ¡Mira, aquí viene la vieja!

ESCENA SEGUNDA

Los mismos. Entra la MADRE, mal vestida, con un gran sombrero japonés y un cesto de la compra.

HIJO. ¡Mamá, por Dios, si pareces el mismo diablo!

MADRE. ¡Vaya, muy amable!

MUJER. La verdad es que Knut es terrible. ¿Y tú?, ¿qué has comprado por ahí?

MADRE. Ah, he encontrado unos lenguados buenísimos...

HIJO. (*Mirando en el cesto*). Pero, ¡por Dios bendito!, ¿qué es lo que tienes aquí?, ¿crías de pato?

MADRE. Bueno, sí, ya sé que podrían haber sido algo más gordos..., pero tócalos aquí, en la tripa.

HIJO. Pues yo he tocado tripas mejores.

MUJER. ¿No te da vergüenza? ¡Qué cosas dices!

MADRE. ¡Anoche estuvo aquí vuestro amigo otra vez!

HIJO. ¿Nuestro? ¿Querrás decir de Kerstin, que está siempre piando por él! Anoche pensé que iban a darse un beso cuando le vio entrar.

MADRE. No debes bromear así, Knut, que eso es jugar con fuego...

HIJO. Sí, de acuerdo, ¡pero es que yo ya soy demasiado viejo! Y, además, ¿te parece a ti que doy la impresión de tener motivos para estar celoso?

MADRE. No es la apariencia lo que importa, ¿verdad, querida Kerstin?

MUJER. ¡No entiendo una palabra de lo que estáis diciendo!

MADRE. (*Dándole un cachetito en la mejilla*). ¡Ten cuidado!

HIJO. Kerstin es lo más inocente que hay. ¡Y tú, vejstorio, hazme el favor de no echármela a perder!

MUJER. ¡Tienes una manera tan desagradable de bromear que nunca se sabe si hablas en serio!

HIJO. Yo siempre hablo en serio.

MUJER. Sí, la verdad, eso es lo que se diría, porque nunca te ríes cuando dices tus ordinarieces.

MADRE. Me da la impresión de que estáis pendencieros esta mañana... ¿Es que no habéis dormido bien?

HIJO. ¡No hemos dormido lo que se dice nada!

MADRE. ¡Ay, hijos! Bueno, me voy de aquí, que luego yo no quiero gritos de tu padre.

HIJO. ¡Ah, sí, papá! ¿Dónde está?

MADRE. ¡Ha salido a dar su paseo de por la mañana con Adèle!

HIJO. ¿Y no tienes celos?

MADRE. ¡Qué cosas dices!

HIJO. ¡Pues yo sí que los tengo!

MADRE. ¿Y de quién, si me permites la pregunta?

HIJO. Del viejo, naturalmente.

MADRE. ¿Lo oyes, Kerstin? ¡La verdad es que has caído en una familia de lo más divertida!

MUJER. Sí, y te diré que, si no fuese por lo bien que conozco a Knut, y porque ya sabía de antes que los artistas son gente la mar de rara, hay veces que no sabría qué pensar.

HIJO. Bueno, sí, eso yo, que soy pintor, pero papá y mamá son burgueses a más no poder...

MADRE. (*Sin mala intención*). Tú sí que eres un burgués, que, a pesar de los años que tienes, nunca te has ganado la vida. ¡No era tu padre un burgués cuando construyó esta casa para un bala perdida como tú!

HIJO. ¡Ser hijo único es muy pesado, francamente! ¡Hale, vete y no te pongas a reñirme, que no estoy de humor! ¡Corre, que viene el viejo!

MADRE. Pues entonces me voy. (*Sale*).

HIJO. ¡Hay mucha tensión en esta casa...! ¡Es un verdadero tiroteo constante!

MUJER. Sí, tienes razón, ya podrían los suegros dejarnos un poco más en paz. Y luego esta manía de que comamos siempre con ellos, sin dejarnos vivir nuestra vida...

HIJO. Es como cuando se les pone comida a los gorriones en el alféizar de la ventana... ¡Para divertirse viéndolos comer!

MUJER. (*Escuchando hacia fuera*). ¡Calla, un momento! ¡Trata de animar al viejo, a ver si así nos evitamos la riña de todas las mañanas!

HIJO. ¡Ojalá pudiera! ¡No siempre está de humor para aguantar mis ocurrencias!

ESCENA TERCERA

Los mismos. Entra el PADRE, con chaleco blanco, chaqueta de terciopelo negro y una rosa en el ojal. Entra también la PRIMA; primero da una vuelta por la estancia, luego se pone a limpiar el polvo.

PADRE. (*Sin quitarse el sombrero*). ¡Hace frío esta mañana!

HIJO. ¡Sí, desde luego, ya se ve!

PADRE. ¿Cómo puedes verlo?

HIJO. Pues porque veo que estás helado. ¡Por lo menos la cabeza la tienes helada!

(El PADRE le mira con desprecio).

MUJER. ¡Eres un descarado, Knut!

PADRE. Los locos se ensombrecen a sí mismos, y los padres de los locos no tienen alegría.

HIJO. ¿De dónde sacas todos esos refranes?

MUJER. (*A la PRIMA*). ¡Ya he quitado el polvo yo, querida!

PADRE. Gracias a la mujer prudente se construye la casa, ¡pero el loco la arruina con su conducta!

HIJO. ¿Oíste, Adèle?

PRIMA. ¿Quién? ¿Yo?

HIJO. Sí, tú. A ver qué te parece este otro refrán: «Una mujer bella sin honor es como una cerda con un grano de oro en el morro».

MUJER. ¡Knut, por favor!

PADRE. ¿Tuvisteis visitantes hasta tarde anoche?

HIJO. ¿Te pareció que se fueron demasiado tarde?

PADRE. ¡Yo en eso no tengo opinión! Pero, la verdad, los jóvenes deberíais escoger horas más propias para recibir visitas.

HIJO. ¡O sea, que, después de todo, sí que tienes opinión!

PADRE. ¿Era la primera vez que los recibíais?

HIJO. Pero ¿qué clase de inquisición es esta? A lo mejor hasta te has traído el potro y todo...

PADRE. No, eso ya te cuidaste de traerlo tú antes, porque, en cuanto te hago la menor pregunta, me amenazáis con volveros a ir de casa, y eso a pesar de que sabes muy bien que construí esta casa para vosotros, para poder veros por